

CENERO

Las mujeres de Cenero volvieron a demostrar, como vienen haciendo desde hace más de treinta años, que el fútbol no es cosa de hombres. De rojiblancas, las solteras y de verdinegras, las casadas, saltaron al campo de fútbol de La Iria dispuestas a poner el broche de oro a la celebración de las fiestas de la parroquia. El resultado fue lo de menos, sobre todo para las casadas, que perdieron de manera contundente en la tanda de penaltís, porque la emoción del partido y el interés de los hinchas que llenaron el campo fueron suficientes para llenar el acto de color. Al final, pinchos y trofeos para todas y despedidas hasta el próximo año.



La capitana de las casadas, Carmina, en un momento del partido.

J.L. RAMON



Una de las jugadas del encuentro.

J.L. RAMON

La «quinta» de Carmina

Solteras y casadas de la parroquia gijonesa volvieron a jugar, como es tradicional desde hace más de treinta años, el partido de fútbol femenino que pone fin a las fiestas de La Abadía

Rocío VALLE

«¡Carmina mételo de chilena, que tú puedes!» Y Carmina pudo. No de chilena, porque para esos trotes ya no está ni el propio Hugo Sánchez, mal que le pese a Ruiz Mateos, pero sí de patadón con la derecha. El gol de la capitana del equipo de las casadas de Cenero sirvió, en el tradicional partido que se celebra en la parroquia en el último día de las fiestas de La Abadía entre las mozas con marido y las que aún no lo tienen, para provocar el empate que llevó a un trepidante final a penaltís.

Con más emoción en las gradas del campo de La Iria de Cenero que si el Depor y el Barça se jugaran la final de la liga en el último minuto del campeonato, los tiros directos a la puerta tuvieron que decidir a las ganadoras de un partido que había terminado su tiempo reglamentario con un ajustado empate a dos goles. Al final, las solteras demostraron que ante la veterania gana la resistencia física, y un contundente 5-3 a su favor sentenció la competición.

Las mujeres de Cenero, acompañadas por algún que otro fichaje del gijonés barrio de La Arena, demostraron que para jugar al fútbol vale más el buen humor que las piernas desarrolladas. En el campo de La Iria no se vieron jugadas espectaculares, ni estrategias defensivas, pero sobró emoción y muchas ganas de correr la banda. Tampoco se echaron de menos las figuras de élite de los campos profesionales españoles. A falta de Romario, los hinchas de Cenero corearon una y otra vez el nombre de Carmina. Una aficionada de pro y



Las jugadoras salen de los vestuarios, entre los aplausos de los solteros y casados.

J.L. RAMON

habitual del Molinón que, ya pasado el medio siglo de vida, es líder desde hace años del equipo de las casadas y una de las pioneras de esta competición festiva. «Carmina, a por ellas» y «Carmina, sin piedad» fueron algunas de las consignas escuchadas por la jugadora desde fuera del campo.

Las solteras tampoco presentaron mal equipo. Belén, la jugadora que metió los dos goles de su equipo en el tiempo reglamentario, se convirtió en la líder de su colectivo. La «del Cana-

rio» no estuvo tan apoyada desde el público como su compañera Sandra, que contaba con un pequeño pero chillón grupo de «fans», pero le sobraron fuerzas para organizar a su equipo y destacar en las jugadas individuales.

Cosas de casa

Las aficiones se agruparon según el libro de familia de cada cual. Así, madres, maridos e hijos se decantaron por el equipo de las casadas. Mientras, los más jóvenes, novios y amigos

muchos de ellos se pusieron de parte de las solteras. Los líos familiares no se agotaron en las gradas, ya que Inés, la portera de las casadas, tuvo que soportar cómo su hija, Yolanda, atacaba una y otra vez su portería. A su vez, las solteras tuvieron que enfrentarse a una de las defensas más unidas de la historia del fútbol con las tres hermanas González, Tere, Sara y Mari, dándolo todo dentro y fuera del campo.

El partido también tuvo sus ausencias. Un brazalete negro

que portaban todas las jugadoras y un minuto de silencio recordaron la reciente desaparición de María Jesús Arbesú, una de las vecinas que jugó estos partidos durante más de diez años y a la que sólo la muerte le impidió seguir siendo «la que más espectáculo daba, siempre disfrazada y dispuesta a montar el número», como decían sus antiguas compañeras de equipo.

Entre el público también se encontraban viejas glorias de la competición futbolera de Cenero. Algunas de ellas, como Eloína Blanco y su hija Rosa Salas, jugaron en aquel primer partido femenino de fiestas que se celebró en el campo de fútbol de Trubia a finales del verano de 1963. Eloína recuerda cómo salía al campo «sin saber nada de nada y le iba preguntando al árbitro dónde me tenía que poner para no hacer mucho el ridículo. Comparadas con nosotras, éstas de ahora entienden mucho de fútbol». A pesar de su desconocimiento del fútbol, quien tuvo retuvo y Eloína Blanco no dejaba de comentar «pero si juegan a montones como las «cigoreyes». A ver si se organizan».

Para las mujeres de Cenero es toda una tradición jugar el partido femenino de las fiestas de La Abadía. Muchas de ellas, como si se tratase de veteranos jugadores de élite, tienen en su haber hasta veinte temporadas en su historial deportivo. Eso sí, con un cambio de colores en sus camisetas. A muchas les ocurrió como a Marisol, que «empecé cuando tenía 16 años en el equipo de las solteras pero, ahora, ya con 32 estoy en el de las casadas».